



SOMERSET MAUGHAM

**SERVIDUMBRE
HUMANA**

He aquí la historia de los primeros treinta años de la vida de Philip Carey, constituyendo una de las novelas más leídas y admiradas de las letras contemporáneas. La ventura y desventura del protagonista transcurren en diversos ambientes: un colegio inglés, una universidad alemana, un grupo bohemio de artistas en París, unas oficinas londinenses, un gran hospital, un pabellón rústico en las costas británicas. Y tan variada como los ambientes es la vida de Philip Carey, rica en altibajos, anhelos, fracasos, aspiraciones y luchas, todo ello envuelto en un doliente sentir, como el que impregna la existencia contemporánea.

El autor, uno de los más importantes novelistas actuales, William Somerset Maugham, es de origen irlandés, nacido en Inglaterra y educado en Alemania; médico que abandona su profesión por el cultivo de las letras, viajero infatigable, ha trazado en esta obra tanto de su personal experiencia vivida, que puede considerarse en gran parte como autobiográfica, y, con ello, llena de una vitalidad inmediata, en la que lo artísticamente creado es solo conjunto de matices que añaden calidad al relato. *Servidumbre humana* es considerada, con justicia, la obra maestra de Somerset Maugham.

Índice de contenido

Cubierta

Servidumbre humana

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

XLIII

XLIV

XLV

XLVI

XLVII

XLVIII

XLIX

L

LI

LII

LIII

LIV

LV

LVI

LVII

LVIII

LIX

LX

LXI

LXII

LXIII

LXIV

LXV

LXVI

LXVII

LXVIII

LXIX

LXX

LXXI

LXXII

LXXIII

LXXIV

LXXV

LXXVI

LXXVII

LXXVIII

LXXIX

LXXX

LXXXI

LXXXII

LXXXIII

LXXXIV

LXXXV

LXXXVI

LXXXVII

LXXXVIII

LXXXIX

XC

XCI

XCII

XCIII

XCIV

XCV

XCVI

XCVII

XCVIII

XCIX

C

CI

CII

CIII

CIV

CV

CVI

CVII

CVIII

CIX

CX

CXI

CXII

CXIII

CXIV

CXV

CXVI

CXVII

CXVIII

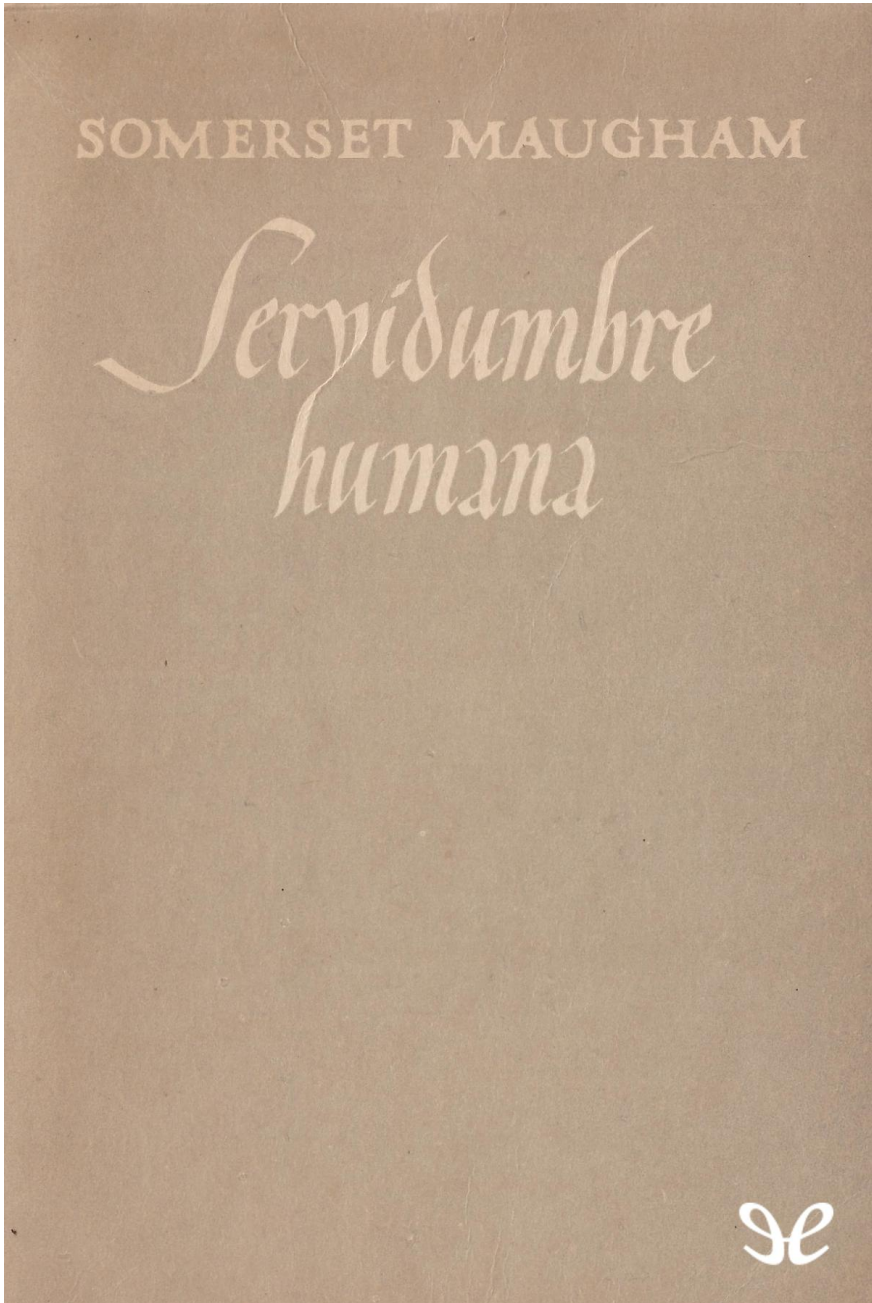
CXIX

CXX

CXXI

CXXII

Notas



I

EL DÍA AMANECIÓ GRIS Y OPACO.

UN cielo cargado de nubes espesas y cierta frialdad peculiar en el aire sugerían la inminencia de una nevazón. Una criada entró al cuarto donde un niño dormía y abrió las cortinas. Maquinalmente miró a la casa de enfrente —edificio estucado, con un pórtico— y en seguida se dirigió al lecho del pequeño.

—Despierta, Felipe —le dijo.

Echó atrás las coberturas, lo tomó en brazos y lo llevó abajo. El niño estaba solo a medias despierto.

—Tu madre desea verte —le explicó ella.

Abrió la puerta de un cuarto del piso inferior y se acercó con el niño al lecho donde yacía tendida una mujer. Era su madre. Esta tendió los brazos y el pequeño se acurrucó a su lado. No preguntó por qué se le había despertado. La mujer le besó los párpados y con sus manos pequeñas y frágiles acarició el cuerpo a través de la camisa de franela blanca. Lo estrechó más contra su cuerpo.

—¿Tienes sueño, querido? —le preguntó.

Su voz era tan débil que ya parecía venir de una larga distancia. El niño no contestó, pero sonrió plácidamente. Se sentía dichoso sobre aquel lecho amplio y tibio, rodeado por esos brazos tiernos. Trató de hacerse más pequeño arrimándose a su madre y la besó soñoliento. A los pocos instantes cerró los ojos y se durmió profundamente. El médico avanzó y se detuvo junto al lecho.

—¡Oh, no se lo lleven todavía! —suplicó ella.

Sin responderle, el médico la miró con severidad. Comprendiendo que no le permitirían conservar más rato al niño, la mujer lo besó nuevamente y con la mano recorrió el cuerpecito hasta tocarle los pies. Sostuvo el pie derecho un momento y palpó los cinco deditos; luego, lentamente, tocó el izquierdo. Un sollozo la sacudió.

—¿Qué le pasa? —preguntó el doctor—. Está cansada.

Ella sacudió la cabeza, sin poder articular una palabra, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. El médico se inclinó.

—Déjeme llevarlo.

Demasiado débil para resistir su voluntad, ella entregó el niño. El doctor lo pasó a la niñera.

—Haría usted mejor en llevarlo a su cama.

—Está bien, señor.

Dormido aún, el pequeño fue alejado. Su madre sollozaba ahora desesperadamente.

—¿Qué será de él, pobre criatura?

La enfermera trató de calmarla y luego, por agotamiento, el llanto cesó. El doctor se dirigió hacia una mesa al otro extremo del cuarto, donde, bajo una toalla, yacía el cuerpecito de un niño nacido muerto. Levantó el paño y miró. Estaba oculto del lecho por un biombo, pero la mujer adivinó lo que estaba haciendo.

—¿Fue una niña o un niño? —murmuró a la enfermera.

—Otro varón.

La mujer no respondió. Al poco rato regresó la niñera. Se acercó a la cama.

—El señorito Felipe no se despertó —dijo.

Se produjo un silencio. Luego el médico tomó el pulso una vez más a su paciente.

—No puedo hacer nada más por el momento —dijo—. Regresaré después del desayuno.

—Lo acompañaré a la puerta, señor —dijo la niñera.

Bajaron la escalera en silencio. En el vestíbulo el doctor se detuvo.

—Ha hecho llamar al cuñado de la señora Carey, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted a qué hora llegará?

—No, señor. Espero un telegrama.

—¿Qué piensan hacer con el niño? Me parece más prudente alejarlo de aquí.

—La señorita Watkin dijo que se lo llevaría a su casa, señor.

—¿Quién es ella?

—Es la madrina del niño, señor. ¿Cree usted que la señora Carey se repondrá, doctor?

El médico sacudió la cabeza con desaliento.

II

HABÍA TRANSCURRIDO UNA SEMANA. En el salón de la casa de la señorita Watkin, en Onslow Gardens, Felipe jugaba sentado en el suelo. Hijo único, estaba acostumbrado a entretenerse solo. El cuarto aparecía atestado de muebles macizos, y cada uno de los sofás tenía tres grandes cojines. Cada sillón lucía también un cojín. Los había tomado todos, y con la ayuda de las sillas plegables, doradas, livianas y fáciles de trasladar, había construido una complicada caverna, donde podría ocultarse de los ojos rojos que lo acechaban desde las cortinas. Pegó la oreja al piso y escuchó el tropel de los búfalos que cruzaban al galope la vasta pradera. Luego, al oír que la puerta se abría, retuvo el aliento para que no le descubri-

ran; pero una mano enérgica quitó una silla y todos los cojines cayeron.

—Pícaro, la señorita Watkin se enojará contigo.

—¿Cómo estás, Emma? —dijo el pequeño.

La niñera se inclinó y lo besó; luego empezó a sacudir los cojines y a colocarlos en sus respectivos lugares.

—¿Vamos a regresar a casa? —preguntó el niño.

—Sí; he venido a buscarte.

—Tienes un vestido nuevo.

Esto sucedía en mil ochocientos ochenta y nueve, y ella usaba polisón. Su traje era de terciopelo negro, con mangas angostas, hombros caídos y tres anchos vuelos en la falda. Llevaba una capota negra con lazos de terciopelo. Tí-tubeó. Felipe no hacía la pregunta que ella esperaba y, por lo tanto, no podía darle la respuesta que había preparado tan cuidadosamente.

—¿No me vas a preguntar cómo está tu mamá? —le dijo al cabo de un rato.

—¡Oh! Me olvidé. ¿Cómo está mamá?

Ahora ella estaba lista.

—Tu mamá está muy bien y es muy feliz.

—¡Oh, cuánto me alegro!

—Tu mamá se ha marchado. No volverás a verla nunca más.

Felipe no comprendió lo que ella quería significar.

—¿Por qué no la veré más?

—Tu mamá está en el cielo.

Emma empezó a llorar, y, aunque no estaba muy seguro de comprender, Felipe lloró también. La niñera era una mujer alta, de recia contextura, cabellos rubios y toscas facciones. Era natural de Devonshire, y, no obstante sus muchos años de servicio en Londres, no había perdido su acento peculiar. Las lágrimas avivaron su emoción y estrechó al niño contra su pecho. Experimentaba un vago sentimiento de compasión hacia aquel niño privado del único amor terrenal que no es egoísta. Le parecía espantoso tener que en-

tregarlo a unos extraños. Pero al poco rato ya había logrado dominar su emoción.

—Tu tío Guillermo te está esperando —dijo—. Anda, despídete de la señorita Watkin y nos iremos.

—No quiero despedirme —contestó él, instintivamente deseoso de ocultar sus lágrimas.

—Está bien; corre arriba y trae tu sombrero.

Fue a buscarlo, y cuando bajó, Emma lo estaba esperando en el vestíbulo. Escuchó un murmullo de voces en el estudio, detrás del comedor. Se detuvo. Sabía que la señorita Watkin y su hermana estaban conversando con unas amigas, y pensó —tenía, nueve años— que si entraba lo compadecerían.

—Me parece mejor entrar y decir adiós a la señorita Watkin.

—Yo también lo creo preferible —dijo Emma.

—Entra y anúnciales que voy —ordenó él.

Deseaba sacar el mayor partido posible de esta oportunidad. Emma golpeó la puerta y entró. Felipe la oyó decir:

—El señorito desea despedirse de usted, señorita Watkin.

Se produjo una brusca interrupción en la charla, y Felipe entró cojeando. Enriqueta Watkin era una mujer gorda, de rostro rubicundo y cabellos teñidos. En aquel tiempo, el hecho de teñirse el pelo suscitaba toda clase de comentarios, y Felipe escuchó muchas expresiones de censura en su casa cuando el de su madrina cambió de color. Vivía esta con una hermana mayor que se había resignado plácidamente a su vejez. Dos damas, que el niño no conocía, estaban allí de visita y lo observaron con curiosidad.

—¡Mi pobre pequeño! —exclamó la señorita Watkin, abriendo los brazos.

Empezó a llorar. Felipe comprendió entonces por qué estuvo ausente a la hora de almuerzo y la razón de su vestido negro. Ella no podía hablar de emoción.

—Tengo que irme a casa —dijo, finalmente, Felipe.